

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 7 de

Febrero de 1889

**Precios de Suscripcion.**  
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**  
Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.  
**SE PUBLICA LOS JUEVES**

**Puntos de Suscripcion**  
En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¡Por miedo!.....—La Oracion.—Morir arando.—Pensamientos.

## ¡POR MIEDO!....

Siempre he creído que el culto y la adoracion á Dios han de ser un acto espontáneo, una necesidad imperiosa del alma, un afán indescriptible del espíritu. A semejanza del pequeñuelo que busca ansioso los brazos de su madre para huir de algún peligro ó apoderarse de un nuevo juguete, el sér pensante, cuando sufre ó cuando goza, vuelve sus ojos á la causa primera y le pide auxilio en su dolor ó la bendice en sus breves horas de felicidad. Porque el alma dichosa es generosa, es expansiva, es agradecida, y como todo cuanto gozamos proviene de una sola fuente, á ese manantial de vida se acerca el pensamiento humano, y los lábios piden clemencia ó dan gracias, segun el estado de nuestro ánimo. Por esto cuando entro en las iglesias y escucho el rezo monótono del *Rosario*, me inspiran profunda compasion aquellas máquinas vivientes que repiten palabras centenares de veces sin que el sentimiento preste á la voz esa inflexion dulcísima que es verdaderamente la esencia de la oracion.

Y, ¿qué diremos de las ofrendas presentadas á Cristo, á la Virgen y á los Santos? No hace muchos dias me convencí una vez más del escaso valor que tienen la mayor parte de esos objetos que los devotos llevan á la iglesia.

Yendo en el tranvía de San Gervasio, llamóme la atencion una mujer de edad mediana, sencillamente vestida, que, sentada junto á mí, dirigía melancólicas miradas al exterior dejando adivinar que desconocía el país que atravesaba: en frente de ella iba un niño, hijo suyo, de unos seis años, de rostro agraciado y mirada expresiva.

La buena mujer me miró varias veces con cierta timidez, y al fin se atrevió á preguntarme si estaba muy lejos la iglesia de la *Bona Nova*.

—Aún hay que dar muchas vueltas antes de llegar al santuario.

—¿Y sabe usted si cerca del templo hay alguna cerería?

—En la plaza de la Iglesia hay á lo menos dos.

—¡Cuánto me alegro! Porque he salido de casa tan de prisa, que ni siquiera me acordé de comprar un cirio de tres libras que le tengo ofrecido á la Virgen. ¡Qué... si tengo una cabeza!... ¡Válgame Dios!

—Tendrá usted mucho en que pensar.

—¡Que si tengo!... no lo quiera usted saber. Comienzo por decirle que tengo siete hijos todos chiquitines, y á mi marido loco de algunos años acá, con lo cual

ya comprenderá usted si mi vida es de gloria ó de martirio. Seis meses no más hace que ingresó en un manicomio, pues me daba muchísima pena separarme de él, á pesar de que me atormentaba de un modo extraordinario. El infeliz, en sus horas de lucidez, solía decirme: «No me separes de mis hijos; si llego á verme separado de vosotros, entonces si que acabaré de perder la razón.» Pero sus accesos han ido en aumento, y en uno de ellos yo misma le acompañé al manicomio.

—Así estará usted más tranquila.

—En parte, sí; más es el caso que desde que salió mi marido de casa, no he tenido un día de salud; con decirle que me dió el tifus y estove á la muerte, creo que basta. Al verme tan mala creí que me moría, y considerando el desamparo en que iban á quedar mis hijos, pedí á la Virgen de la *Bona Nova* (muy milagrosa, según dicen), que prolongara mi vida siquiera hasta dejarlos criados, prometiéndole, si curaba, llevar á su camarín un cirio de tres libras.

Púseme buena, y entre unas cosas y otras me olvidé de cumplir la promesa, cuando, hará cosa de un mes, me caí por la escalera y me lastimé un brazo y un pié. Tuve que guardar cama otra vez, y me dijo éste, (señalando á su hijo): «¿Sabes, mamá, lo que tú tienes? Es un castigo de Dios, porque prometiste á su madre un cirio y no se lo has llevado.»

Me quedé mirándole y pensando si serian un aviso del Cielo sus palabras. Así, en cuanto he podido moverme (pues el andar me cuesta mucho trabajo), he dicho: nada, no hay más remedio que cumplir la promesa; no sea que Dios me envíe otro castigo peor.

—De manera que cumple usted su promesa á la Virgen, no por devoción, sino por miedo.

—Sí, señora; temo que me sobrevendrían más desgracias. Crea usted que la camisa no me llega al cuerpo desde que mi hijo me hechó en cara mi olvido: ¡dice este chiquillo unas cosas... que son sentencias!

—Dejemos á un lado las palabras de ese inocente: lo que yo quisiera saber es el sentimiento que mueve su corazón al ofrecer á la Virgen el cirio prometido.

—¡El sentimiento que me mueve!... Ahora si que me pone en grave apuro. Porque, ¡la verdad, ni yo misma lo sé; pero recuerdo haber oído decir á mi padre que Dios castiga sin palo ni piedra; que me he caído; que estuve á punto de romperme una pierna, y que mi hijo me ha dicho: «Mamá, Dios te ha castigado.» Y antes que me sucedan cosas peores, me he apresurado á venir. Ahora veo que el camino es más largo de lo que yo presumía, y lo siento, porque me he dejado en casa seis chiquillos de los cuales el mayor no llega á diez años, ¡la mitad de ellos llorando á lágrima viva por mi ausencia.

Me quedé mirando á la buena mujer, y mil reflexiones se agolparon á mi mente. Quise hablar; quise decirle que Dios no había de inspirar miedo sino absoluta confianza á los hijos de su bondad, de su sabiduría y amor; pero en el semblante de aquella infeliz apenas irradiaba su luz el crepúsculo de una inteligencia naciente; su frente era estrecha y deprimida; su mirada nada expresaba; tal insignificancia interior acusaban todos los rasgos de su rostro, que no me atreví á turbar el sueño de aquella dormida conciencia, con tanto más motivo, cuanto que íbamos á separarnos muy pronto, y mis palabras hubieran resbalado por su obtuso entendimiento como el agua por el mármol.

Cuando llegamos delante del templo, ella se bajó con mucha pena, y cogiendo á su hijo de la mano, dirigióse con paso inseguro á la cerería, mientras que yo, siguiéndola con la mirada, me hacía estas reflexiones:

Hé ahí el fruto podrido de las absurdas religiones. Esa infeliz tiene miedo de la

cólera de Dios y solo por el temor acude al templo. Su cuerpo endeble apenas puede sostenerse en pié; su espíritu, preocupado por las tragedias de una azarosa existencia no piensa en Dios, y ofreció á la Virgen un cirio por rutina. Con tales devotos, ¡qué inseguros, qué frágiles son los cimientos de la Iglesia!

Se me dirá que hay países donde el clero domina en absoluto; donde el fraile es el soberano dueño de vidas y haciendas; donde la influencia clerical todo lo avasalla: es muy cierto, y en esos países será todavía duradero el poderío de la Iglesia; pero que no se olvide que en la mayor parte de los pueblos católicos abundan los creyentes al estilo de la buena mujer de mi verídico relato, que no aman á Dios, que no les inspira paternal confianza su omnipotencia suprema; y el miedo es un lazo mucho más fácil de romper que los que forman el amor y la seguridad de llegar siempre á buena hora ante el tribunal de la Justicia.

¡Cuán responsables son las religiones del oscurantismo de las masas populares!... Todo su trabajo ha consistido en apagar el entusiasmo y la admiración en las almas sencillas. Jamás han dicho los sacerdotes á los pueblos: «¡Levantad vuestras miradas al cielo; el infinito os cubre con su esplendente manto; contemplad las moradas luminosas donde otras humanidades bendicen á Dios y trabajan en su progreso!» Más ¡ay! que en vez de iluminar con estas verdades al hombre, le han sumido en las tinieblas del espíritu gritándole: «Mortal, mira al suelo; contempla la tierra que huellan tus plantas; de ella saliste, polvo eres y en polvo te convertirás; busca tu salvación por el ayuno, la penitencia, el silicio! ¡Ay de tí si provocas la ira de tu Dios; que entonces será el crujir de dientes y el quebrantamiento de tus huesos; entonces pedirás misericordia y nadie te escuchará, porque sordos estarán para tí los cielos y la tierra!»

¡Qué modo de blasfemar! ¡Qué manera de empequeñecer al espíritu separándolo de todas las bellezas que encierra la Creación!

¡Sentir *miedo* ante el Sér Omnipotente, que todo lo llena con su aliento y de quien emana el suave perfume de las violetas y el aliento del volcán que en la cumbre de la montaña nos recuerda el génesis de la tierra!

¡Sentir *miedo* ante el Gran Arquitecto del Universo, que ha poblado el espacio de innumerables mundos!

¡Sentir *miedo* ante el Creador eterno, que ha dado á los espíritus la inmortalidad y el progreso para ir ascendiendo, en evolución eterna, desde el átomo invisible hasta la inteligencia creadora del artista y del poeta y la investigación constante de filósofo, del matemático, del químico, del físico, del astrónomo, del geólogo, del historiador, de tantos y tantos sabios que han dado vida y nombre á los siglos con sus maravillosos descubrimientos y con sus inventos asombrosos!

Sentir *miedo* ante Dios, contemplando la grandeza de la especie humana, es verdaderamente delirar, es desconocer en absoluto las leyes eternas de la vida.

¡Dios castigar á ninguno de sus hijos porque se olvide, en medio de sus tribulaciones, de dar lo ofrecido á una imágen de madera!...

¡Qué Dios tan pequeño conciben ciertos hombres! Aunque, á decir verdad, ese Dios es hijo de su limitada inteligencia, inteligencia que es necesario pulimentar, educar racionalmente, despertando su admiración á la naturaleza, libro eterno que guarda las memorias de Dios y en cuyas páginas se encuentran escritos el *credo* del trabajo y la *salve* del progreso. Leyendo en esa biblia de las edades, no se tiene *miedo* á Dios, antes por el contrario, se le ama en la humilde florecilla silvestre y en el árbol centenario, en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande.

Se le admira en el infusorio que tiene su mundo en la gota de agua, y en el águila real que es la soberana del espacio.

Se le adora en el gusanillo de luz que con su cuerpecillo fosforescente ilumina

los bosques vírgenes en la sombría noche, y en las miríadas de estrellas que llenan la inmensidad de los cielos de divinos resplandores.

Se espera en su justicia eterna viendo la armonía y la relación que guardan entre sí las moléculas que se agrupan formando con su cohesión las montañas, y los soles que ruedan eternamente en las llanuras siderales.

Se toca la realidad del progreso indefinido del espíritu, contemplando los lumináres del cielo, nuestras futuras moradas.

Se cree en Dios estudiando sus obras, y creyendo en él verdaderamente, no se le puede temer: para sentir miedo, es preciso que el espíritu desconozca la grandeza de Dios en absoluto.

¡Por miedo rendir culto á Dios!... ¡Impía locura!

¡Por miedo presentarle ofrendas!... ¡Supina ignorancia!

Hé ahí el fruto de las religiones: la ceguera en el espíritu y el idiotismo en el entendimiento; el temor al castigo de Aquel que nos ha dado la vida, por el cual somos y por el cual sentimos, pensamos y queremos.

¡Cuanto tengo que agradecer á mi razón! ¡Jamás he sentido miedo ante la omnipotencia Suprema: nunca de LA LUZ he creído que pudiera surgir la sombra, ni del manantial inagotable de la vida la disgregación absoluta de mi sér, ni de la inteligencia creadora el anonadamiento de la mía!

¡Dios!... ¡Tú eres la ciencia exacta, tú eres la verdad y la vida en el pasado, en el presente y en el porvenir!

*Amalia Domingo Soler*

---

## LA ORACION

---

• • • • •  
Iguales, sí; que de la misma esencia  
está formada el alma del que gime  
y del que siempre vió magnificencia....  
la culpa es el dogal que nos oprime.

• • • • •  
Nadie tiene derecho á ser dichoso  
hasta que por sus hechos lo merece.

*Amalia Domingo y Soler.*

Lee mucho, y ama mucho más.

*Matilde Ras.*

Es creencia general que la oración está circunscrita á un cierto número de palabras que las más de las veces tienden en su formulario á pedir á Dios el cumplimiento de una necesidad casi siempre material; que es la forma de una idea preconcebida y ajustada de antemano á ciertas circunstancias peculiares la que puede serle agradable para atender la súplica de sus hijos; y en esta creencia recitan de memoria lo que han aprendido por rutina, no tomando ninguna parte el corazón. Así mismo es una opinión vulgarizada por la práctica y admitida por convicciones arraigadas, la indispensable determinación de un lugar apropiado en donde la fé gastada eleve al Creador la repetida plegaria de todos los instantes entre posiciones ridículas del cuerpo y visajes risibles del rostro que si es feo, lo hace parecer horrible y cómico, perdiendo su belleza si es lindo.

Siempre ha sido objeto de nuestra atención, aun antes de profesar nuestras reaccionarias ideas, la uniformidad semi-mecánica del fletado de todas las iglesias; su

compostura reglamentaria y el orden simétrico que guardan sus dobles filas de bancos; así cuando hemos visto en las sinagogas el acompasado movimiento que al unísono de destempladas voces van marcando con su cuerpo los hijos de Israel, hemos exclamado: ¿Y ha menester de toda esa pantomina absurda, de todo el aparato de fuerza del órgano de la voz el tributo de una adoracion, la humilde ofrenda que el alma envía al Todopoderoso en el perfume de una plegaria? Y es de ver aquellos hombres que parecen unos desesperados rezando á voz en grito con sus chisteras embutidas más bien que colocadas sobre sus cabezas, como impetran el favor de Jehová magullando de consuno la oracion del día. Allí no reina solo el ciego fanatismo; allí impera el orgullo de raza, el recuerdo de las tradiciones, los principios incólumes de las leyes mosáicas; y no solamente son consecuentes consigo mismos, sino que reprueban que no obren de igual manera los sectarios de las demás religiones en sus creencias respectivas.

Tomado en su verdadero sentido, hay que concederles la razon, porque es mil veces preferible no creer en nada, á escarnecer y motejar aquello en que aparentemente creemos, haciéndole objeto de ira ú ocasion de escándalo. Los judíos, aun en sus descompuestos ademanes, asisten á sus sinagogas llevados de la sola idea de adorar á su Dios, cosa que no sucede entre los católicos, pues aparte de los indiferentes y curiosos, acuden á los templos un gran número de Adanes con la amorosa intencion de ver á sus tentadoras Evas, y so pretexto de *ver la misa*, como dijo el satírico Rofranco, dan satisfaccion á sus quinquillosos anhelos exhibiendo á la par las ricas galas de la exigente moda.

Bajo tan distintas emociones, se hace imposible la concentracion del pensamiento á un solo punto, á la idea única de Dios; porque si es necesario el recogimiento y la meditacion para que sea digna é intercesora la oracion que balbucea el pobre sitibundo, es forzoso tambien que desaparezca todo incentivo que atraiga nuestras miradas absorviendo nuestra atencion; que se supriman las brillantes exterioridades y que el cuerpo aparezca revestido tan humildemente como debe estarlo el alma en esos momentos supremos.

Rezar no es orar, y así creemos en la eficacia del pensamiento si éste se eleva purísimo como incienso espiritual del alma que se prosterna humilde deponiendo como sacrificio el orgullo de las pasiones. Un ¡ay! agonizante es el postrer esfuerzo de algunos momentos de titánica lucha, y en esta simbolizadora espresion del espíritu que se queja, reconocemos la demanda protectora, el auxilio que se impetra al amoroso consolador de los celestes imperios. Nosotros creemos que aquí en la tierra todos debemos orar, mártires y malvados; únicas categorías que encontramos entre sus pobladores, los primeros para fortalecerse y los últimos para ahuyentar las tinieblas de sus errores, interponiendo la invocacion que si es pura no pasará sin promesa ni proteccion.

Son muchas las criaturas que luego de esta expansion espontánea y fervorosa reinciden sin haber procurado doblegarse, sin tratar de dominar en el estudio de sus faltas la avasalladora voluntad que á imponerse se levanta siempre insultando la potestad sagrada del que es único Señor y dueño de nuestros destinos.

Cuando medimos el tiempo por nuestras inquietudes y sozobras, éste nos parece largo, muy largo, ¡se sufre tanto cuando se sufre! Nosotros hemos inmortalizado las penas en un cantar que dice así:

La dicha dura un instante,  
los pesares viven más;  
porque tienen la conserva  
del vinagre y de la sal.

Así se comprende que la vida de suyo corta y limitada en algunos organismos delicados, parezca á muchas criaturas indefinidamente larga y pesada.

Tenemos en particular el íntimo y profundo convencimiento de que no hemos venido á sufrir humillaciones de esas que degradan al que se cree con derecho de imponerlas. La humillacion es una afrenta; pero no puede envilecer á quien se la hace sufrir; porque un sér débil, y lo es toda víctima, si puede oponer la razon, nuestro solo atributo en la fuerza, no alega la perversidad que es agena y estraña de todo corazon profundamente desgraciado.

Una existencia consagrada al ejercicio de la virtud, al cumplimiento de los deberes, es una hermosa oracion no interrumpida, la mejor ofrenda que se puede ofrecer á Dios; así pues su eficacia estriba en la intencion del que ora. *Antes de orar si teneis alguna cosa contra álguien, perdonádsela, porque la oracion no podria ser agradable á Dios si no sale de un corazon purificado de todo sentimiento contrario á a caridad.* En el capítulo xviii, v. 15, 21 y 22, de Mateo evangelista, dicele Pedro zá Jesús: «Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿hasta siete veces? — Respóndele Jesus: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces.» ¡Qué bueno es ser bueno! pero cuan poquísimo nos esforzamos para conseguirlo! Nosotros que escribimos para enseñar (al menos tal es nuestro propósito), sentimos no poseer aquella elocuente dulzura, aquella persuacion evangélica con que se distinguen los próceres de la verdad. Hay que combatir fuertemente el virus canceroso de todas las pasiones; se hace preciso aplastar esa hidra de cien cabezas bajo los repetidos golpes del que ostenta como enseña la purísima mision del apostolado. ¿Hay virtud? respetémosla. Admiremos la grandeza de los otros humillando nuestra frente ante el heroísmo de esas almas que viven cautivas y aherrojadas sufriendo el yugo de ominosa potestad.

De una comunicacion que tenemos á la vista entresacamos los siguientes párrafos que bien pudiéramos copiar de memoria, tantas y repetidas veces la hemos leído. Nosotros aunque de carácter tranquilo, no nos creemos dispensados de estudiarlos porque en todo hallamos siempre algo que aprender. Hélos aquí:

«Buscad el origen de esos accesos de demencia pasajera que os asimilan al bruto, haciéndoos perder la sangre fria y la razon; buscad y encontrareis siempre por base el orgullo resentido. ¿Acaso no es el orgullo resentido por una contradiccion el que os hace desechar las observaciones justas, el que os hace rechazar con cólera los más sábios consejos? Aun la impaciencia que causan las contrariedades, á menudo pueriles, son ocasionadas por la importancia que se da á la personalidad ante la cual se cree que todo debe doblegarse.

En su frenesí el hombre encolerizado la pega con todo, con la naturaleza bruta, con los objetos inanimados que rompe, porque no le obedecen. ¡Ah! si en esos momentos pudiera mirarse con sangre fria se horrorizaria de sí mismo, se contemplaria muy ridículo! Con esto puede juzgar de la impresion que debe producir á los demás. Aun cuando no fuese más que por respeto á sí mismo, deberia esforzarse en vencer una inclinacion que le hace objeto de piedad.

Si pensase que la cólera no remedia nada, que altera su salud y aun compromete su vida, veria que es la primera víctima de ella, pero otra consideracion deberia sobretodo detenerle y es la de pensar que hace desgraciados á todos los que le rodean; si tiene corazon, ¿no es un remordimiento para él hacer sufrir á los séres que más ama? ¡Y que sentimiento tan mortal si en un acceso de arrebató cometiese un acto que tuviera que reprocharse toda la vida!»

Oremos, hermanos míos, y que la paz del señor sea con todos nosotros.

EUGENIA N. ESTOPA.

## MORR X M A N D O

Rogelio y Teresina se querían con entrañable cariño; se vieron, y una mirada bastó para confundir sus almas en una sola aspiración: ambos se amaban, pero ante la realización de su amor se oponía un obstáculo invencible, el cual hacía de su situación el más horrible de los martirios.

Teresina vivía en apartado retiro cerca las playas del mar, y allí á solas con su pensamiento, luchaba para arrancar aquel amor que tan hondas raíces tenía en su alma, pero ¡Ay! todo era en vano: la imagen de Rogelio se le aparecía en la cúspide del monte, en la frondosidad de la selva, en el broche de la flor y en las alas de la brisa. Su recuerdo no se separaba un momento de su pensamiento y de su corazón.

Todas las tardes cuando el Sol reflejaba los últimos destellos, hundiéndose en su lecho de esmeraldas, Teresina salía á esparcir su acongojada ánimo en las orillas del mar, desde donde se divisaba un delicioso y encantador panorama. Pero á pesar de la belleza del paisaje, Teresina permanecía absorta en sus ideas y pensamientos, lanzando prolongados suspiros que se perdían en las inmensidades del espacio.—¡Qué bella; qué atractiva está la Naturaleza! ¡Con cuánta libertad no se respira aquí en esta soledad donde nadie puede oirme! ¡Se padece tanto al tener que ocultar una mirada, ahogar un suspiro, reprimir una lágrima!—decía al despertar de sus melancólicos pensamientos; y añadía:—¡Qué bien se estaría en este pequeño paraíso con el ser amado!

Contemplaba el vasto firmamento que como rica diadema de plata se cernía sobre su cabeza, y el ancho mar cuyas aguas se deslizaban tranquilamente, perdiéndose entre dilatados horizontes, donde navegaban multitud de barquillas, que impulsadas por la fuerza de los remos, se alejaban hasta confundirse con el revuelto oleaje. Al fijarse Teresina en las barcas pescadoras, una exclamación salía de su pecho. ¡Cuán felices y dichosos sois vosotros aún careciendo de lo más indispensables para la vida, y que infeliz y desgraciada soy yo en medio de las suntuosidades que me rodean! Trabajais exponiendo la vida á la ira de los mares, pero en cambio cuando regresais al hogar, gozais de todas las delicias concedidas á un amor satisfecho, y proporcionadas por la compañera de vuestros días, que ansiosa os aguarda para manifestaros la pureza de su amor. Las privaciones os circundan por todas partes, pero el corazón no siente la nostalgia de la separación, ni el alma la forzosa necesidad de ocultar el ideal que la anima y le da vida. Amais, y vuestro amor léjos de ser una insoportable tortura, es el goce más completo.

Mientras así discurría Teresina dedicando todos sus pensamientos á su amado Rogelio, este no pudiendo ya soportar por más tiempo las múltiples y dolorosas contrariedades que cada día se iban amontonando en el horizonte de su vida, se disponía á partir para América, seguro de hallar mejor acogimiento que en su misma pátria y el bálsamo para sus profundas heridas. Así lo participó á su amada, quién al leer la noticia exclamó entrechando la carta entre sus manos: ¡Ah! quieres alejarte para siempre de mí, matando de ese modo la esperanza que alimentaba mi alma! ¡Quieres alejarte para siempre de España, dejándote en ella los recuerdos más queridos de tu vida!... ¿Qué será de mí si tú te vas? ¡Ah! no, no quiero que partas: prefiero la muerte á una eterna separación. ¡Pero, cuán loca estoy! pueden por ventura mis palabras hacerte desistir de tu irrevocable

determinacion? ¡Si á lo menos pudiera verle antes de partir!..... pero no; mi corazon caeria en pedazos al despedirme para siempre!..... sí, ya puedes partir Rogelio mío, y Dios quiera que encuentres en las fértiles playas de la joven América el ideal que persigue tu pensamiento. No me importa morir.

Desde entonces apoderóse del corazon de Teresina una profundísima amargura; ya no bajaba como de costumbre á las orillas del mar: el cadencioso rumor de las olas hacíanla estremecer. Encerrada en la soledad de sus pensamientos pasaba todo el día, hasta que el crepúsculo de la noche la envolvía con su manto de tinieblas. Entonces desviaba su vista de la tierra para fijarla en el cielo, y al ver á este sin constelaciones, sombrío y con lóbreguez espantosa al igual que su corazon, exclamaba: ¡Todo! todo es oscuridad! ¡hasta la Naturaleza que por su carácter de Madre suele ser cariñosa, en la actualidad viste de luto!

Cada día iba empeorando su situacion merced á los escollos que se interponian á su dicha, y aquel amor tan puro y sublime como el que deben sentir los ángeles en el cielo, se acrecentaba á medida que el espíritu que le daba inspiracion sostenía con más tenacidad desigual lucha con la materia,

No tardó en hacerse visible en el rostro de Teresina los síntomas de una terrible enfermedad; su organismo había llegado á un período tal de decadencia, que la vida era imposible volviera á animar aquel sér. Una indecible congoja sentía en el pecho, y el color cadavérico de su semblante anunciaba los últimos dias de su vida.

Veo acercarse la muerte—decia en su loco delirio—pero no la temo, antes al contrario, la acaricio con amor. Solo era mi único afán tenerte á mi lado al dejar la tierra ¿pero ahora que más quiero? ¿no estás tú conmigo? ¡Qué hermoso! que seductor te presentas ante mis ojos! Si, eres un angel. ¡Cuán feliz soy al estrecharte entre mis brazos! Ven, acércate más y deja que beba en tus labios el dulcísimo perfume de tu sér. Y pronunciadas que fueron estas palabras, el espíritu de Teresina subió á las elevadas regiones del infinito.

RAMONA SAMARÁ DE DOMINGUEZ

---

## PENSAMIENTOS

La humanidad hace dioses de los que primero llama locos.

—  
La confesion es una cuerda que ahoga la libertad de la conciencia.

—  
La mujer sencilla y pura, es un poema donde se aprende siempre.

—  
Las religiones deben derivar de la ciencia.

—  
Ante el dolor del alma, ¿que vale el frio de las religiones?

—  
En los templos religiosos muere la esperanza, en los templos no se eleva el alma, sino que por el contrario desciende á la tumba.

—  
De creer, nacen los defectos, de comprender, las virtudes

---

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.